

Sánchez Madrid, Nuria y Alegre Zahonero, Luis (Coords.) *Territorios por pensar. Un mapa conceptual para el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2019, 252 páginas.

El libro colectivo que tenemos entre manos, haciendo honor a su título, pone en juego una cartografía de territorios por pensar e hitos por redescubrir: todo aquello a lo que la filosofía pareció siempre negar el asilo del concepto. Así, a través de su lectura, se propone ensanchar las fronteras, al final ya planteadas como membranas, entre las que se comunica el pensamiento y la realidad. Y es que la filosofía ha tomado dichas fronteras durante muchos siglos por trincheras en las que protegerse, incluso, del asedio de la realidad que es la que impone la tarea: conocida es, por tanto, la huida y el repliegue de la academia, y muchas veces con ella, del pensamiento institucionalizado a las alturas de la torre de marfil.

Por tanto, en el conjunto de artículos que componen este libro no sólo se trata de abrir campos conceptuales históricamente no atendidos por la filosofía y, de esta manera, ampliar los dominios de ésta hacia asuntos que tenía por menos “dignos”; sino que también se tratará de reconocer la permeabilidad del movimiento del pensamiento por el devenir social y político, y cómo su modulación ante la urgencia que la realidad impone es capaz de hacer más habitable comunitariamente el momento histórico no sólo por pensar, sino también por vivir y compartir colectivamente.

De hecho, aun cuando cada artículo de este libro es una propuesta de parada y, nunca mejor dicho, de *pararse a pensar* en el mapa de nuevos posibles recorridos para el pensamiento, creemos que la escala en la que están inscritas dichas paradas y que las une, por tanto, en una misma dimensión sería precisamente la preeminencia de la categoría del espacio –gran olvidada de la Modernidad filosófica– frente a la de tiempo de cara a poder pensar una comunidad de carácter interseccional frente al automatismo de la sociedad civil moderna y su sujeto autosuficiente centrado únicamente en su interés propio.

Comentado el hilo rojo que nos conducirá a través de todos los hitos de esta cartografía, empezaremos por orientar uno de los primeros que nos presenta el libro: *normas*. En esta contribución, Jesús González Fisac explora las formas de normalización social de mano de Michel Foucault, no tanto centrándose en las leyes institucionales, sino en la forma de producción de subjetividades, a su vez, sujetas a formas de homogeneización que irán desde la disciplina hasta la gubernamentalidad neoliberal. Este recorrido conceptual será guiado por la pregunta acerca de la naturaleza del actor social estrella del neoliberalismo: el *homo oeconomicus*, cuya peculiaridad consiste en ser, precisamente, un ser social *autonormalizado* “no porque asuma las normas como si pertenecieran al medio [...], sino porque va a ser su propia conducta la que va a normalizar el medio” (p. 35). Hasta qué punto están vinculados, por tanto, la norma y los hábitos es algo que explorará Ana Carrasco Conde con su parada en los *hábitats*. Y es que habitar “no es simplemente ocupar un espacio al situar –más bien levantar– sobre él lugares para vivir, sino darle forma, darle límites y ordenarlo” (p. 40). Y, por tanto, tiene que ver, desde luego, con construir un

espacio habitable, donde vivir, siendo, por tanto, más bien una categoría intensiva que extensiva, esto es, referida al propio espacio que se alcanza; pero también con la comunidad, el lenguaje y, en general, las formas que tiene el ser humano de afrontar su vulnerabilidad, la cuales son aquellas que generan un hábitat a diferentes escalas: bien sea la ciudad, la casa o la habitación.

Uno de los vectores claves para poder entender, a su vez, el hábitat es justamente la continuidad entre mundo, mirada y pensamiento en la frontera con lo animal que convive con lo humano. Estas *andanzas* serán las que recorrerá Sandra Santana Pérez de la mano del biólogo Uexküll así como la reinterpretación de Sánchez Ferlosio de la relación entre la mirada y el concepto que atrapa al mundo que se nos presenta y cómo ambos no sólo están inextricablemente conectados a través de la organización del lenguaje; sino que las imágenes de demanda, que constituyen una realidad no perceptiva y que compartimos con los animales, son precisamente resortes de “desterritorialización, un movimiento de apertura hacia otras formas y otras reglas” (p. 66).

Desde luego, como hemos preconizado, el puente que posibilita la relación entre el hábitat y la organización de éste en normas que han podido ser establecidas gracias a la continuidad metafísica entre mundo y pensamiento no puede ser otro que las *miradas*. A este concepto dedica su contribución Antonio de Murcia Conesa, quien propone un análisis poliédrico deteniéndose en todas las caras que puede tener la mirada, cuyo recorrido plantea las preguntas acerca de qué elementos componen la mirada, cómo se articula ésta teóricamente, qué estatuto tiene la imagen y, por tanto, en qué sentido ha transformado la mirada la saturación de imágenes a través de las redes sociales y publicidad y, por último, “como mirar la mirada del otro, sin hipostasiar o sublimar su alteridad, exige un lenguaje que se libre de ese Yo ojo al que le resulta insoportable que los límites del mundo no coincidan con los de su percepción.” (p. 88). Si bien es cierto que la mirada es una de las grandes metáforas del conocimiento, las *sensaciones* lo han sido como su gran impedimento, y aún más paradigmáticamente en la modernidad. Jordi Massó analizará el cúmulo y el juego de las sensaciones como el revés de la pobreza de experiencia, que ya diagnosticó Walter Benjamin como característica de la modernidad, y cómo, por otra parte, las sensaciones han sido el derrotero del arte contemporáneo al mismo tiempo que dicho torrente, de alguna manera, sensacionalista ha sido a su vez absorbido y capitalizado por la espiral agonizante del capital. “En resumen, a la sensación le sucedía lo mismo que al juego: podía ser un grácil y placentero instrumento de liberación, pero también una eficaz y alienante herramienta para disciplinar” (p. 103).

Desde luego, uno de los territorios, incluso conflictivos, y que recientemente ha supuesto casi una barrera infranqueable entre ambas disciplinas, es el de las *pedagogías*. Laura Herrero Olivera rescata algunas reflexiones filosóficas sobre la pedagogía, sobre todo centradas en Kant y Arendt, para ser pensadas en la actualidad como entrecruce no sólo de cuidado, disciplina y moralidad sino a su vez como programa de ajuste a la sociedad y, por tanto, como ingeniería social. Esto es lo que ha conseguido la pedagogía en los últimos años entendiéndose como ciencia de la educación. Sin embargo, la autora defiende que “la pedagogía sería un modo de vida, en tanto que un modo de pensar; pero tampoco es ciencia porque no se encarga de ofrecer medios adecuados para un sistema existente, sino que es precisamente lo que pone continuamente en cuestión los fines adecuados para los que se piensa, es decir, el sistema existente” (p. 118).

Como denuncia, no sin una buena dosis de humor, Ibis Albizu, las *danzas* han sido siempre uno de esos asuntos que la filosofía “señorial” ha tenido por menores, o casi por decirlo sin tapujos, como asuntos “femeninos” que, al estar apegados al sentimiento, poco tenían que ver con el concepto. Sin embargo, en esta reivindicación la autora se centra en llamar la atención sobre por qué la danza es y ha sido, en el fondo, un tema filosófico indiscutible: en primer lugar, porque el movimiento ha sido uno de los temas más repensados a lo largo de la historia del pensamiento; en segundo lugar, porque la danza es un arte total donde no sólo hay poesía hablada, como en el teatro, sino que pone en juego la totalidad de las potencias y cualidades del cuerpo en su conjunto; pero, además, “la danza representa más los caracteres del alma que los del cuerpo, o es tan capaz de la abstracción pura como cualquier otro arte” (p. 125).

El hecho de que la danza sea capaz de hacer visible lo invisible tiene que ver, desde luego, con los *engranajes* que nos constituyen, y más concretamente la conciencia y su vinculación con el recuerdo y, a su vez, con la libertad como espacio metafísico para la novedad. En su contribución, Antonio Dopazo Gallego dilucida los estudios de Bergson sobre la paramnesia, tomando de esta manera lo patológico para alumbrar lo normal, de cara a poder vislumbrar los engranajes de la conciencia como proceso integrador de tiempo, concretamente en la elaboración del recuerdo como relación con el presente. Por ello, el fenómeno del *déjà vu*, esto es, un recuerdo de algo que aún propiamente no ha pasado, “abre una pequeña ventana a la sala de turbinas de Dios por la que la intuición consigue colarse como una intrusa” (p. 147).

Siguiendo la estela por la que se ilumina lo normal a través de lo patológico, Amanda Núñez se centrará en las *hibridaciones*, principalmente entre naturaleza y cultura, como reclamos ontológicos y hasta éticos para pensar y habitar hoy, contra la pureza del asentado canon filosófico, el cual se adhería a los límites sedentarios entre categorías. Y es que, como comenta esta autora, lo híbrido viene de la famosa *hybris* griega, considerada casi como pecado mortal ante los dioses, pero dada su familiaridad con lo monstruoso, vocablo que proviene del latín *mostrare*, a su vez “la desmesura muestra y hace pensar. ¿Seremos capaces de permanecer en ella en lugar de apartarla de nuestros pensamientos por la violencia y la complejidad que nos lanza?” (p. 157).

En la misma pregunta se instala, tras el estatuto ontológico de los *monstruos*, la contribución de Guillermo de Eugenio Pérez: se centra, sobre todo, en dar con la posible explicación de algunas deformidades no asumibles del todo por la ciencia moderna pero que se dan fácticamente y, de hecho, con importantes implicaciones teológicas, a partir de las posiciones preformacionistas y epigenistas. Este debate es, desde luego, vital para cada actualidad, ya que “para construir lo normal es necesario delimitar su opuesto; de ahí la importancia del monstruo y de lo patológico” (p. 173).

Por otro lado, Luis Alegre en su artículo explora *sexualidades* no normativas, principalmente identidades LGTBIQ, que conecta precisamente con la resistencia de no dejarse asir por la normalización de lo que es y debe ser. Si bien el deseo es un torrente que sólo bajo el paraguas del lenguaje puede ser redireccionado, ¿por qué al insertarnos en la sociedad pareciera que hay nichos conceptuales en los que sí puede tener cabida una sexualidad heteronormativa y, por ello, abrazada por la moral; y, por otro lado, las demás sexualidades, al carecer de dicho nicho conceptual, parecerían no tener espacio social, aun cuando *de facto* se dan? Esta es la pregunta que nos plantea el autor y la pista que nos ofrece señalará que, aun cuando haya cierto origen

natural, “sin embargo, lo que nos interesa aquí es precisamente mostrar que ninguna disposición de la naturaleza constituye un argumento concluyente” ya que “no hay origen capaz de justificar que ciertas injusticias se mantengan cuando ya no son necesarias (si es que en algún momento lo fueron)” (p. 195).

Si hay algo que, sin duda, ha sido discutido respecto a su vinculación, o no, con la naturaleza, este tema ha sido los *géneros*. Clara Navarro Ruiz nos proporciona en su artículo un mapeo de la relación de este concepto con el sistema capitalista, con la raza y, por último, con el sexo (presuntamente biológico). Respecto a la primera vinculación, se retomará al *homo oeconomicus* como blanco fundamental de las críticas por parte de la economía feminista, ya que éste ha sido posible gracias a la invisibilización de los trabajos de cuidados. Respecto a la raza, se trata de reconocer que no sólo hay diferencias de clase que afectan al sujeto del feminismo; sino que aún más, este supuesto sujeto del feminismo no es ni mucho menos único ni homogéneo porque, de pensar que es así, se estarían excluyendo multitudes de voces racializadas que, teniendo fuerza y legitimidad propia, son excluidas e infantilizadas por el feminismo blanco hegemónico. Por último, con relación al sexo, el género se ha considerado lo “social” y, sin embargo, el sexo ha caído siempre del lado de la naturaleza. Eso fue al menos hasta la irrupción de los estudios *queer*, y muy especialmente del libro de Judith Butler *El género en disputa*, cuando se empezó a discutir el sexo como siendo ya a su vez también siempre género, lo cual fue un cambio radical respecto a cómo se habían entendido las fronteras entre naturaleza y cultura hasta el momento.

Por último, el entrecruzamiento entre naturaleza y cultura siempre es sobrevenido por el de público y privado y ente dichos ejes se mueven los *malestares* explorados por Nuria Sánchez Madrid. En su contribución, siguiendo a Dejours, la autora analiza el malestar como algo social que, sin embargo, ha sido vinculado a una banalidad privada y subjetiva que ha sido normalizada por el modelo de estilo productivo neoliberal. Dicha socialización del capitalismo posfordista no permite más margen al individuo que plegarse a dicha dinámica de identificación plena con su profesión y a los imperativos, cada vez más exigentes, de productividad que han conquistado cualquier esfera de la vida. Así las cosas, cualquier malestar será percibido como disfuncional y, por tanto, se condenará al individuo a la marginalidad social. Desde este marco, la autora analiza los términos de injusticia epistémica y hermenéutica desarrollados por Fricker en relación con las cinco caras de la opresión examinadas por Marion Young con el fin de “reivindicar el estatuto conceptual del malestar, tradicionalmente desechado del territorio filosófico como síntoma meramente subjetivo de una disfunción normativa” (p. 231).

Al fin y al cabo, como hemos querido mostrar a lo largo de esta reseña, el recorrido que plantea este libro colectivo no es lineal ni mucho menos el único posible. Más bien, se presta a hacer y deshacer nuevas sendas por territorios que nos apelan, cada vez más, y están todavía –y tal vez de alguna manera lo estarán siempre– por pensar.

Lorena Acosta Iglesias